

ESTRATEGIA SOCIAL EN LAS RELACIONES HISPANOAMERICANAS

A la hora de establecer una estrategia de las relaciones entre España y los pueblos iberoamericanos para los finales del siglo XX, sería preciso tener en cuenta tres supuestos o elementos básicos:

- El conocimiento de la realidad.
- El respeto a la identidad.
- La solidaridad recíproca.

El conocimiento de la realidad

Aunque pueda parecer paradójico y, por tanto, sorprende, el nivel de conocimiento real entre nosotros de Iberoamérica es deficiente y escaso, quizá por aquello que hace 40 años escribió el doctor Gregorio Marañón: "América es para los españoles no un conocimiento, sino una emoción". Es esta una acertada y justa sentencia y si de verdad queremos entendernos con los iberoamericanos y comprender sus problemas, dificultades y esperanzas, no podemos hablar sin rigor ni precisión. Es necesario partir de un conocimiento de la realidad, ajustado a los datos exactos mediante análisis depurados.

Por supuesto, se trata de una realidad que es plural por cuanto se trata de pueblos, de países con distintos niveles históricos, culturales, étnicos, económicos, sociales... no sólo entre los distintos países sino también entre las distintas zonas —geográficas o socioeconómicas— de un mismo país.

Constituye una cuestión polémica la de en qué medida es la iberoamericana una "sociedad dual" en la que coinciden y coexisten una sociedad desarrollada, industrial, de masas con niveles aceptables de instrucción y cultura y una sociedad arcaica, atrasada, rural, con alto tanto por ciento de analfabetismo, y con un bajo índice de consumo. Esta situación provoca tensiones y enfrentamiento entre ambas sociedades y constituye una especie de lastre que traba y dificulta el progreso y la integración.

La realidad social

Presenta como elemento más relevante el fuerte y mantenido crecimiento demográfico, que hace de esta región del mundo la que posee un mayor dinamismo en el aumento de la población: los 63 millones de habitantes que tenía Iberoamérica en el año 1900, ya eran 200 en el año 1960 y según las estimaciones actuales serán 600 millones cuando llegue el año 2000.

A este crecimiento vertical lo acompaña lo que podríamos denominar crecimiento horizontal, es decir: en toda la región o subcontinente se produce un desplazamiento generalizado desde los ámbitos rurales hacia los urbanos, hacia las grandes ciudades.

Este proceso de aglomeración en las grandes capitales ha traído consigo la proliferación de poblaciones subordinadas y marginadas, en condiciones deficientes, carentes de servicios públicos. Los que en ellas malviven carecen de centros de enseñanza y formación profesional, sufren la falta de empleo, son víctimas propicias para la droga y el delito. Se trata de una situación de "desborde popular" bien analizado en lo que se refiere a alguna capital, como es el caso de Lima, por el sociólogo José Matos Mar.

Dada la prolongada crisis económica que vienen sufriendo aquellos pueblos, no parece previsible que en los próximos años se produzca el profundo cambio social que permitiese el afianzamiento de un desarrollo generalizado y profundo.

Ese cambio social supondría o debería entrañar un proceso de integración étnica y de reconocimiento social que erradicase la marginación de las poblaciones indígenas y mestizas —alrededor de 65 millones suman los que pueden ser considerados indígenas—, a las que habría que sumar, en buena parte, la población de origen africano, ya se conserve pura o mezclada —en todo un variado repertorio de mestizaje— pero que en todo caso supone alrededor de 50 millones de seres.

La realidad económica

En la que a las causas estructurales hay que sumarlas coyunturales, aunque se trate de coyunturas de larga duración. Es decir, de un lado nos encontramos con economías nacionales fuertemente vinculadas a 1 ó 2 productos cuyos precios internacionales son fijados en centros de decisión ajenos. No sólo a esto reduce la dependencia externa de estos países: las nuevas tecnologías o las fuentes de financiación, por citar ejemplos, hacen cada día más sensible esta situación en dependencia y subordinación.

Pero a estas características estructurales hay que sumar las que calificamos, no sin propiedad, de coyunturales. Así, la deuda externa, la cual viene atenazando, de modo progresivo, la vida de estos pueblos. Es cierto que en los últimos 3 años no ha crecido con el acelerado ritmo con el que aumentó en la década anterior, pero ello es debido al hecho de que al no poder atender suficientemente el servicio de la deuda, estos países se han visto privados de nuevos créditos. De todos modos, en los últimos 3 años se ha pasado de los 376 mil millones de dólares que debía a finales del año 1985 Iberoamérica, a los 416 mil millones a que ascendía su deuda externa en diciembre del año 1989.

Si los países e instituciones financieras que figuran como acreedores no flexibilizan sus actitudes mediante la concesión de cuitas y moras sustanciales, si no tratan esta cuestión más con sensibilidad política que con simples criterios contables y financieros, la situación económica de Iberoamérica se hará catastrófica, con el grave riesgo desencadenar tensiones y violencias sociales.

Al no haber paralelismo entre el crecimiento demográfico y el económico, se ha venido produciendo un constante deterioro en la calidad de vida y un progresivo aumento de intensidad en el malestar social.

La realidad política

Nos presenta un cuadro dinámico: si bien desde su independencia los pueblos iberoamericanos han vivido una existencia pródiga en intervenciones militares —“continuismos”, fraudes electorales— que contrastan con su proclamada fe democrática y riqueza constitucional, lo cierto es que desde la profunda crisis del año 1930 las interrupciones en la normalidad democrática han sido frecuentes y todos los países han sufrido la realidad de gobiernos dictatoriales o autoritarios nacidos de “golpes de estado”. La variabilidad de los regímenes políticos en Iberoamérica refleja la inestabilidad de la democracia en aquella región del mundo. A partir del año 1980 se inició un proceso generalizado de retorno a las formas democráticas en aquellos países que en las dos décadas anteriores había conocido gobiernos autoritarios militares: Perú y Ecuador iniciaron los procesos de transición democrática, seguidos por Bolivia —1982—, Argentina —1983— para continuar con Uruguay y Brasil, distintos países centroamericanos... Al lado de la variabilidad, hay que tener presente la diversidad de los regímenes: desde los que cuentan con formas democráticas más atenuadas a la teoría política —elecciones libres, gobierno de la mayoría, renovación periódica tanto en el poder ejecutivo como en el legislativo, etc.— hasta los que proclaman su carácter revolucionario con textos constitucionales heterodoxos respecto del constitucionalismo occidental: tal sería el caso de Cuba y Nicaragua o el de Chile.

De otra parte y para establecer panoramas prospectivos, sería necesario tener presente no tanto cómo se han desarrollado los procesos de transición desde situaciones autoritarias o dictatoriales a otras democráticas, sino cuáles son los factores que contribuyen a la inestabilidad política o impiden la consolidación de la democracia. Precisamente nos vamos encontrando, a medida que avanza la década de los años 80, cómo las esperanzas suscitadas a su inicio por lo que parecía un movimiento generalizado de recuperación democrática, se van entibiando a causa de la persistente y agravada crisis económica, falta de acuerdo entre los factores sociales (sindicatos, permanencia y radicalidad agresiva de las fuerzas antisistema, movimiento guerrillero, terroristas), etc.

La realidad internacional

¿Qué papel desempeña hoy Iberoamérica en el “gran teatro del mundo”? ¿Cuál será el que desempeñará a finales de siglo? Algo parece indudable: si se tiene en cuenta la población iberoamericana, la extensión del territorio del subcontinente, el potencial de sus recursos económicos y el nivel de su desarrollo cultural e histórico, y se comparan todos estos factores con los que ofrecen otras regiones del mundo, puede llegarse a la conclusión de que Iberoamérica “pesa” menos en el juego de la política mundial de los que le correspondería.

Hace dos años se publicó un artículo del antiguo secretario de Estado norteamericano Henri Kissinger (*El País*, 3 de abril del año 1988), en el que el notable especialista en política internacional afirmaba que en la próxima década surgirán nuevos centros de poder y que frente a las actuales superpotencias —EE.UU. y la URSS—, otros países como Japón, China e India se configuran como aspirantes a la supremacía en el campo de las relaciones internacionales.

Para el político norteamericano no aparece —o al menos no hace referencia alguna en ese escenario— Iberoamérica. Por supuesto, que no se trata sino de un testimonio particular, pero no por ello deja de ser significativo que no tome en consideración a una región del mundo con tan intenso crecimiento demográfico, con tan prolongada crisis económica, con tanta

inestabilidad política. Quizá Kissinger pensase en Iberoamérica cuando afirma que "de manera especial en el hemisferio occidental, Norteamérica debería fomentar el crecimiento económico y la Instituciones democráticas".

La realidad militar

A lo largo de la historia iberoamericana las FAS han sido un elemento decisivo de poder, con el cual ha sido preciso contar para gobernar, si es que no han sido los militares los que directamente han gobernado. No es necesario insistir que esta presencia de los Ejércitos en el escenario del poder político se mantiene hasta nuestros días.

Pero siendo eso así, hay que llamar la atención hacia el hecho de que tras el proceso de profesionalización de las FAS que se produce a partir del año 1890 y que fue seguido, con mayor o menor seriedad, por todos los países, frente al ejército profesional se ha producido la aparición de los ejércitos revolucionarios. Quizá sea México el primer país en que surgió —tras la Revolución del año 1910— un ejército nuevo, improvisado, con mandos no profesionales sino surgidos de las bandas armadas que seguían a cada uno de los caudillos revolucionarios. Con el paso del tiempo, ese ejército se fue consolidando, y los cuadros de su oficialidad se fueron integrando por quienes adquirían una formación en las academias o escuelas profesionales.

Otro ejemplo de ejército revolucionario nos lo ofrece Cuba desde el advenimiento de Castro al poder en el año 1959. Y aún podríamos reseñar un tercer ejemplo, el de Nicaragua, de nuevo ejército reemplazante del anterior, convencional o profesional pero vinculado al régimen somocista.

Con independencia de este fenómeno de más reciente aparición, hay que insistir en la importante grativación de las FAS en Iberoamérica, en virtud de varias causas: importancia de los efectivos, humanos y materiales, con que cuenta, gracias a disponer de amplios presupuestos; también a la incorporación de tecnologías avanzadas. Pero lo más subrayable es que desde hace un cuarto de siglo los militares profesionales de distintos países —Brasil, Argentina, Perú, Chile...— reciben formación en centros especializados, una formación de carácter técnico que abarca los grandes temas nacionales: economía, sociología y política.

Por otra parte, las actuaciones de los militares en el plano político y, más aún, en el ejercicio del poder gubernamental, han estado en las últimas décadas informadas por la doctrina de la seguridad nacional, con objetivos claros e insistentemente repetidos.

A todo lo dicho conviene añadir una nota caracterizadora de las intervenciones militares de los últimos tiempos y es que estas intervenciones ya no responden al impulso de un jefe ambicioso o con ganas de notoriedad. Desde la actuación de las FAS peruanas en el año 1962 para derrocar al presidente Prado, las intervenciones militares en todos los países iberoamericanos han respondido a una actuación coordinada de los tres Ejércitos —Tierra, Marina, Aviación— y de sus comandantes en jefe. Este carácter colegiado y armónico ha dado y puede dar en el futuro una mayor solidez y firmeza al papel de las FAS.

La realidad religiosa

Constituye uno de los campos más interesantes de la realidad global de Iberoamérica, por lo mismo que ha experimentado un profundo y extenso cambio. Este cambio cobró impulso por el Concilio Vaticano II, que subrayó la dimensión de una Iglesia servidora del hombre,

y por la Conferencia Episcopal de Medellín —1968—, que puso el énfasis en una Iglesia comprometida con la defensa de los derechos humanos y la liberación de sus hijos más pobres y marginados. La Conferencia de Puebla —1979— vino a confirmar la decisión de servicio al hombre en su integridad y la toma de conciencia respecto de los problemas económicos, sociales, políticos y culturales que aquellos pueblos tienen planteados, así como la defensa de derechos fundamentales: vida, salud, educación, vivienda, trabajo...

Al tiempo de producirse esta aproximación de la Iglesia a los problemas reales de las gentes, paradójicamente se ha ido abriendo una especie de brecha entre la Iglesia "oficial" y la Iglesia "popular" en algunos países, y de manera especial en Nicaragua. Todo ello sin perjuicio de una religiosidad popular firmemente arraigada.

Pero la gran peculiaridad de la Iglesia Iberoamericana en los últimos tiempos ha sido la aparición y difusión de la "teología de la liberación", una liberación que se identifica de manera creciente con la revolución. Por otra parte, como ha observado Alain Touraine, "la teología de la liberación" se asocia sobre todo a la sociología de la dependencia. También a un cambio de estructuras que haga posible una redistribución de los bienes y una satisfacción de las necesidades vitales. Como ha dicho uno de los representantes de esa teología (L. Boff) se ha formulado la necesaria búsqueda de formas de combinación entre dos exigencias: el hambre de Dios y el hambre de pan.

Las advertencias de Roma respecto a las desviaciones y errores de esta doctrina teológica, la mayor sensibilización de la Iglesia hacia la deficiente situación de los pobres y marginados, las nuevas acciones pastorales... todo ello da margen a la esperanza cuando se traza el futuro espiritual de Iberoamérica.

El respeto a la identidad

No habrá relación verdadera ni auténtico entendimiento entre España y los pueblos iberoamericanos si no hay una actitud recíproca y correspondida de respeto a la personalidad soberana de los respectivos pueblos y a su identidad histórica y cultural. Y es que cuando no se respeta la personalidad de un pueblo, se puede caer en la tentación de aplicarle módulos o fórmulas inadecuadas por ajenas.

La lucha por la identidad nacional es uno de los temas primordiales del pensamiento iberoamericano, y de manera muy patente está presente en la obra de los grandes intelectuales de este siglo. Progresivamente ha ido creciendo la conciencia, el convencimiento de que hay unos elementos comunes y esenciales en la vida de aquellos pueblos y, también, de que la diversidad de niveles culturales, históricos, sociales no es obstáculo sino aliciente para una unidad superior.

Estos rasgos comunes y esenciales pueden ser ordenados de acuerdo a la siguiente propuesta:

- Un pasado en el que son fundamentales tanto la herencia europea —fundamentalmente española y portuguesa—, como el legado indígena, más las aportaciones de los negros africanos trasplantados y de los inmigrantes europeos y orientales, llegados posteriormente.
- La existencia de una lengua común y unificadora.
- El carácter peculiar de una sociedad resultado de la fusión de sangres, de raza, del mestizaje.
- Unas formas culturales —vida, expresión, creencias, pensamiento— peculiares y similares.
- Y aún cabría hablar de una comunidad de pueblos, si no como una realidad de presente, sí como un proyecto de futuro.

Alcanzar esa plataforma de coincidencia no ha sido tarea fácil ni puede considerarse concluida. La definición de una identidad no es algo que se establece de una vez y para siempre, pues está constituida por elementos no estáticos sino dinámicos. No es algo que esté detenido en el tiempo, sino que es algo vivo y proyectado en el futuro. Y por lo mismo que se nutre de jugos vitales y plurales, tiene que superar las visiones parciales y aspirar a la afirmación de una conciencia común a todos los pueblos hispanoamericanos.

En este orden de cosas, resulta imprescindible para una mejor comprensión, por parte de los españoles, de la esencia iberoamericana, que conozcamos las interpretaciones y análisis formulados por los grandes pensadores y escritores hispanoamericanos acerca de la identidad de sus pueblos y del sentido de su historia desde los tiempos precolombinos a nuestros días. Sólo desde estos supuestos puede contribuirse a la configuración de su futuro.

La solidaridad recíproca

Si "ningún hombre es una isla" tampoco lo es ningún pueblo, ninguna nación y menos en un tiempo de creciente comunicación e intercambio. Si nadie, individuo o colectividad, debe sentirse solitario todos debemos estar dispuestos a ser solidarios. Ahora bien, los imperativos de la solidaridad son más fuertes respecto al prójimo, que es el más próximo si no en la Geografía, sí en la Historia. Y España e Iberoamérica han tenido una proximidad evidente a lo largo de 3 siglos y medio, y una proximidad latente y aún patente desde el año 1819 hasta hoy, a pesar de altibajos y distanciamientos.

A la hora de establecer programas de solidaridad hay que ser conscientes de nuestras posibilidades y límites. Quizá lo más importante sea la disposición de ánimo para el ofrecimiento y la colaboración. Si queremos conseguir una solidaridad significativa y válida es preciso lograr que exista una mayor conciencia americana en nuestras gentes, desde las clases rectoras —en lo político, en lo económico y en lo cultural— hasta el hombre de la calle.

La solidaridad no debe ser reducida al ámbito económico, con ser éste tan importante, entre otras razones, porque las posibilidades reales de España no permiten créditos ni ayudas sustantivas. En el campo de la asistencia técnica o en el de las transferencias tecnológicas siempre habrá experiencias que comunicar, sin ánimo de ejercer paternalismos ni imponer magisterios.

Nuestra incorporación a Europa ha levantado en Iberoamérica la suspicacia y el recelo de que ese hecho nos aleje de la comunidad iberoamericana. Esa posibilidad, de confirmarse en el futuro, atentaría contra nuestra propia identidad histórica. Iberoamérica no es solamente nuestro más glorioso pasado sino nuestro más claro destino.

La relación finisecular de España e Hispanoamérica pasa por la celebración en el año 1992 del V Centenario del Descubrimiento. Esa celebración no deberán ser una simple recordación, una remembranza del pasado, sino la iniciación de un nuevo capítulo en la historia común.